

# ELITISMO, ROMANTICISMO Y POSITIVISMO EN LA MEDICINA PERUANA DEL SIGLO XIX

*Elitism, romanticism and positivism in the Peruvian medicine of the 19th century.*

ALEJANDRO GRAÑA ARAMBURÚ<sup>1</sup>

## RESUMEN

Se revisa el tema de la elites y su rol en las sociedades así como de los individuos que forman parte de ellas, considerando también las influencias de los movimientos del romanticismo y del positivismo, en especial el caso de la inmoción del héroe nacional Daniel Alcides Carrión García en el siglo XIX y su significado en la medicina peruana.

*Palabra claves: Elitismo, romanticismo, medicina, siglo XIX.*

## ABSTRACT

The roll of elitism in societies is reviewed as well as the mission played by individuals who form a part of them, considering the influence of the Romantic and Positivism movements, especially whatever is pertinent to the immolation of the national medical hero Daniel Alcides Carrión García in the 19th century and its significance for the Peruvian medicine.

*Word key: elitism, romanticism, medicine, 19th century.*

## INTRODUCCIÓN

Las elites han existido en todas las civilizaciones y han representado el motor de los acontecimientos humanos a lo largo de la historia. No sería concebible una sociedad organizada sin la presencia de un grupo de elite que la haga funcionar y que la represente (2).



El filósofo Platón (siglo A.C.) preconizaba en su famosa *República* el gobierno de los “sabios”; es decir, las personas mejor dotadas y preparadas para ejercer la dirección de una ciudad-estado como era el caso de Atenas (1,2). Nos confiesa entonces, que aquellos individuos a los que se les encomendaba una alta misión, como sería el caso de gobernar, debían pertenecer a un grupo selecto que reuniera las condiciones necesarias para tal caso. Y, ¿cuáles eran esas condiciones? Sin duda aquellas que tuvieran

<sup>1</sup> Magister en Historia. Miembro de la Asociación de Historia de la Medicina Peruana, profesor de Filosofía e Historia Médica, Universidad Particular San Juan Bautista.

que ver con la excelencia, vale decir lo mejor que una persona posee en su "alma", las personas altamente educadas por supuesto que poseen virtudes (1,2).

Más tarde, San Agustín de Hipona reveló los puntos de excelencia del alma como regalos de Dios, la prudencia, la templanza y el libre albedrío requieren una madurez de espíritu especial que no todos logran desarrollar (3). Santo Tomás, el santo medieval, se preguntó *¿quién puede llamarse hombre?*, respondiéndose *"aquel que tiene juicio y conciencia"*(3).

Durante la Ilustración europea, Immanuel Kant afirmó que el principio de la ética, del buen comportamiento, es un producto de la voluntad humana (3); es decir, el hombre crea la ética, pero no cualquier hombre sino aquel cuyas disposiciones intelectuales y anímicas lo encumbran como líder. La elite está constituida de líderes o guías que representan aptitudes por encima del nivel común de las gentes y que tienen un papel directriz en sus actos.

El siglo XIX fue una época en donde no necesariamente se crearon las elites pero sí se tomó conciencia plena de quiénes pertenecían a ellas y quiénes no lo hacían, quiénes habían ganado esa posición y quiénes no. Las publicaciones de Charles Darwin en 1859 sobre *El Origen de las Especies* y más tarde los escritos de Herbert Spencer (4), dejaron claramente establecido en la época que existían grupos humanos dentro de una sociedad que estaban mejor dotados que otros y eran, precisamente, estos los destinados a conllevar a la superación y el progreso (3,4). Una idea que por cierto abanderó a los que se unieron al *positivismo* enunciado por Auguste Comte, en donde solo los seguidores de la ciencia alcanzarían ese estado de progreso (4). La creencia en la validez de que únicamente los grupos "superiores"

estaban destinados al empuje y a la cumbre social se denominó *darwinismo social*.

La *Belle Époque*, que encarnó a partir de 1871 las ideas de progreso tecnológico, conllevó también a estimular el imperialismo y a las finales Europa se vio envuelta en el inmenso drama de la primera guerra mundial, por lo que se perdió la fe en la ciencia como elemento de progreso social. En consecuencia, aparecieron nuevas corrientes de pensamiento anti-científico como el *dadaísmo* y el *surrealismo* (4), y se añoraron los años del *romanticismo* y el valor de las emociones y sentimientos cobró nuevamente importancia. El progreso de las elites científicas quedó momentáneamente petrificado.

No se sabe exactamente cómo la visión del período romántico pudo influenciar la segunda mitad del siglo XIX en el Perú pero es cierto, al menos en el ambiente médico, que las personalidades de la época estuvieron profundamente influenciadas por un sentimiento de individualidad muy marcado y por una consideración muy generosa hacia los demás. La abnegación y la superación personal, el servicio al enfermo y el desinterés por la ganancia material fueron características absolutas de aquellos que ejercían el arte médico entonces, como fue el caso de Cayetano Heredia y de Casimiro Ulloa, así como el de Manuel Odriozola, de Lino Alarco y de Constantino T. Carvallo. Algunas de estas personalidades también estuvieron influenciadas por la corriente del *positivismo*, que según el filósofo peruano Sebastián Salazar Bondy, arribó al país hacia 1860 y se posesionó del ambiente intelectual. Casos notables fueron el escritor Manuel González Prada y el médico Celso Bambarén, gran investigador del momento e introductor de los postulados de Darwin al país (5).

Cuando el joven estudiante de medicina Daniel Alcides Carrión García decidió experimentar en su propio cuerpo los efectos mórbidos de la verruga y tomar consciencia del estado anímico y perceptivo de los enfermos de esta entidad patológica, es casi seguro que tanto el *romanticismo* como el *positivismo* debieron estar presentes en lo profundo de su decisión (6), aunque ésta fuera en última instancia un acto volitivo.

Que Carrión fuera romántico no cabe duda y está expresado en su firme voluntad de superación, en su amor incondicional hacia su madre y hermanos, en su patriotismo acérrimo y en su concepción pródiga de la medicina (7). Al mismo tiempo, su gran deseo de descubrir, de revelar aspectos ocultos y encriptados de la ciencia, su disposición a demostrar verdades por la investigación, lo hacen a la vez partícipe de las creencias científicas del *positivismo*.

Sin embargo, Carrión no llegó a formar parte de la élite médica de entonces, aunque seguramente quería hacerlo. Tal vez el hecho de que fuera el único “participante” en el concurso sobre la “Etiología, Anatomía Patológica y distribución geográfica de la Verruga” propiciado por la entonces Academia Libre de Medicina, y posterior Academia Nacional de Medicina en 1889 (8), recinto altamente elitista y constituido por lo más grande de la representación médica del país, revele su vehemencia por convertirse en un líder médico singular. No obstante, su encumbramiento fue póstumo, la Academia Libre lo elogió después de muerto, como aparece en el primer tomo del Boletín de la Academia Libre de Medicina (8); y los estudiantes médicos lloraron su desaparición. Esto fue consignado en la “Crónica Médica”, órgano de difusión de la Unión Fernandina de estudiantes de medicina, y tiempo después en la obra erudita de Ernesto Odriozola *La Maladie de Carrión* (9), publicada en París en

1898, quien compartió aulas con Carrión en Lima. Fue, entonces, considerado héroe de la medicina y de la investigación científica.

No fue hasta mucho más tarde, y a instancias del Dr. Gustavo Delgado Matallana (10), que el Congreso de la República lo nombró Héroe de la Nación por D. S. N° 25342 y pasó así a formar parte del panteón de los grandes servidores de la patria (10,11).

La verdadera imagen o el auténtico rostro de Carrión todavía se discute extensamente entre los investigadores peruanos. Al menos la fotografía familiar tomada por Courret (o tal vez por Castillo) tiene firme base para su reconocimiento y de la misma no se duda (12). Pero, ¿puede existir un héroe nacional con más de una imagen? ¿Cuál debe venerarse? En fin, la historia puede convertirse en mito y los mitos no revelan jamás la totalidad de la realidad. Sin embargo, el *romanticismo* sí nos permite tomar muchos aspectos del héroe y honrarlo desde muchos ángulos. Así, puede tratarse de un mártir, de un visionario, de un adelantado a su tiempo o de un investigador obsesionado con la idea de la superación.

Todo puede aceptarse, pero lo que en cambio tiene un sentido total de realidad histórica es su auto-inmolación. Este gesto dio paso firme e indiscutible hacia el campo de la modernidad, los ojos del mundo fueron puestos sobre el Perú. Desde ese momento fue insistente la lucha médica por descubrir siempre la verdad científica de los hechos, como fue el descubrimiento de la *Bartonella bacilliformis*, agente etiológico de la verruga, por el peruano Alberto Barton en 1905 (13), y también la demostración de que la *Bartonella* era transmisible a monos de la variedad *Macacus rhesus*, como lo probaron el japonés Hideyo Noguchi y el peruano Telémaco Battistini en New York, en 1924 (13).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Mariás J y Laín Entralgo P. Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Madrid: Ediciones Guadarrama; 1965: 50.
2. Werner Jaeger. Paideia: The ideals of Greek culture. Gilbert Higher (translator). 2nd. Ed. Vol 1. NY: Oxford University Press; 1944.
3. F. Klimke, E. Colomer. Historia de la Filosofía. Barcelona: Editorial Labor. 196
4. Barnes, H.E. An intellectual and cultural History of the Western World. Vol.3, Third Edition, New York; 1965: 956, 1263.
5. Cueto M. La historia natural, la fisiología de altura y las ideas de la evolución en el Perú En: El Darwinismo en España e Iberoamérica. Thomas F. Glick, Rosaura Ruiz, Miguel Angel Puig-Samper (editores). UNAM/CSIC y Ediciones Doce Calles; 1999: 110.
6. Graña, A. Daniel A. Carrión: Heroísmo y controversia. Acta méd Peruana. 2007;24 (3): 245-248.
7. Peñaloza J, Maguiña C. Daniel A. Carrión: biografía, la enfermedad de Carrión y otras bartonellas. Lima, Perú: Misky; 2011.
8. Ulloa C, Barrios MC y Perez Roca A. Boletín de la Academia Libre de Medicina de Lima; 1885, Lima.
9. Odriozola E., La maladie de Carrión ou la verruga peruvienne. París: Carré et Naud; 1898.
10. Delgado-Matallana G. Daniel Alcides Carrión: mártir de la medicina peruana, héroe nacional, Ley 25342. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM/ Asociación de Historia de la Medicina Peruana y Parques Conmemorativos; 2001.
11. Pamo O. Daniel Carrión: A cien años de su muerte. Diagnóstico. 1986;18 (4):106-22.
12. Malpartida-Tello, B. El verdadero Daniel A. Carrión. Lima: Malpartida; 2011.
13. Rebagliati R. Verruga peruana (enfermedad de Carrión). Lima, Perú: Torres Aguirre; 1940.

**CORRESPONDENCIA:**  
agrana19@gmail.com